

Alabamos, glorificamos, amamos y adoramos al Dios Todopoderoso, Santo y Trino, † Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

A mí, B., Dios me ha enseñado que quien se esfuerza fielmente por cumplir Su Santa Voluntad, experimenta una y otra vez Su gracia, Su amor y Su alegría. El Dios Santo ayuda a realizar buenas obras e ilumina al hombre también hacia el bien y hacia las buenas oraciones, que Él —si es Su Santa Voluntad— inspira en el corazón.

El hombre que no se esfuerza a diario por cumplir la Santa Voluntad de Dios y no lo desea de todo corazón, según mi experiencia, caerá una y otra vez en una especie de oscuridad espiritual. Aunque quiera ser un buen cristiano, el hombre puede verse influido por el diablo con pensamientos, palabras y obras falsas, y ser apartado del bien.

Yo mismo lo he experimentado en varias ocasiones en los últimos años, cuando Julijana Ebert y yo escribíamos oraciones en el Espíritu Santo.

Cuando me esforzaba fiel y concienzudamente por cumplir la voluntad del Dios Santo durante la semana, podía experimentar que Dios, el Espíritu Santo, actuaba en mí y me daba palabras.

En cambio, cuando, por ejemplo, en mi vida cotidiana «imponía» mi propia voluntad y hacía lo que yo mismo quería, después experimentaba una especie de aturdimiento espiritual y confusión.

El Salvador le dijo a Julijana, sin que yo se lo hubiera pedido jamás, que yo había cerrado mi corazón ante Él. También Julijana me dijo varias veces, en el Espíritu Santo, que había cerrado mi corazón ante el Dios Santo.

Antes esto siempre me sorprendía, porque no entendía cómo se podía «cerrar el corazón ante Dios».

Esta verdad también se aplica a los sacerdotes: si no se esfuerzan día y noche y rezan para que el buen Dios les ayude y les conceda la gracia de cumplir Su voluntad, pueden caer en una oscuridad espiritual y —aunque sigan deseándolo— tener dificultades para reconocer y cumplir la voluntad de Dios.

Es un conocimiento y una experiencia que, estoy convencido, revisten gran importancia para todas las personas. Por eso lo plasmo aquí, ya que yo mismo lo he vivido con frecuencia.

Lamentablemente, los sacerdotes predicán muy poco sobre ello, a pesar de que este tema es tan importante.

Aunque, por imprudencia, descuido o pereza, uno no escuche del todo al buen Dios o solo lo haga «de vez en cuando, cuando le conviene», se quiera cumplir Su voluntad, la persona puede quedar espiritualmente cegada y confundida, incluso si más tarde desea volver a cumplir seriamente la voluntad de Dios.

Puede llevar un tiempo hasta que, tras un arrepentimiento sincero y una conversión, la persona vuelva a reconocer y percibir con mayor claridad lo que el Dios Todopoderoso, Santo y Trino —Padre, Hijo y Espíritu Santo— quiere de ella.

Esto también forma parte del don del discernimiento de los espíritus.

El ser humano debe pedir este don con humildad a Dios y esforzarse cada día, con seriedad, fidelidad y esmero, por cumplir la voluntad de Dios Todopoderoso.

No es culpa de Dios si, aparentemente, no nos «dice» nada, si no nos inspira nada en nuestros pensamientos o si no podemos reconocer el consejo del Espíritu Santo. Más bien, el hombre debe examinar una y otra vez su propio corazón y preguntarse si realmente se ha abierto a Dios.

Llevaba en mi corazón el deseo de plasmar por escrito esta reflexión, pues la considero muy, muy importante, especialmente para los candidatos al sacerdocio.

Si un sacerdote desea cumplir la voluntad del Dios Santo —y debería desearlo de todo corazón—, debe esforzarse por ello y preguntar una y otra vez al Dios Santo en la oración cuál es Su Santa Voluntad. Una vez que el sacerdote haya tomado una decisión, debería volver a preguntar a Dios con humildad si dicha decisión se ajusta también a Su voluntad.

En la oración diaria nunca debería faltar la petición de este importante don.

El diablo puede entrometerse muy rápidamente. Según mi experiencia, incluso la más mínima distracción o indecisión puede llevar a que una persona se sienta confundida, tentada, cegada o influenciada y, por ello, resulte perjudicada o debilitada. La persona puede llegar a sentirse entonces incapaz de cambiar nada; puede percibirse como una especie de cansancio y agotamiento.

Si la persona cede ante el diablo en cualquier asunto e impone su propia voluntad en contra de la voluntad de Dios, puede verse atacada una y otra vez precisamente en ese asunto, incluso cuando cree estar haciendo algo bueno.

Sin la voluntad de Dios, nada conduce en última instancia al verdadero bien, sobre todo cuando la persona hace algo con el fin de ser elogiada o reconocida por los demás.

Todo debe hacerse en Dios y con Dios.

De lo contrario, la persona puede cerrar su corazón, aunque no lo desee conscientemente.

Por eso es muy importante reflexionar y examinar cómo poner en práctica esta comprensión en la vida cotidiana: en la oración, en el trabajo y también en el tiempo libre.

Todo para la mayor gloria

del Dios Todopoderoso, Santo y Trino. Amén.